Como no se pierde en ellas la memoria de la antigua libertad, y que ella le sobrevive con toda su actividad, el mas seguro partido consisite en disolverlas (1), ó habitar en ellas (2).

(1) Atemperar y revolucionar bastan. G.

(2) Esto no es necesario cuando uno las ha revolucionado, y que diciéndoles que ellas son libres, las tiene firme bajo su obediencia. G.

CAPITULO VI.

De les Soberanías nuevas que uno adquiere con sus propias armas y valor.

Que no cause extrañeza, si al hablar ya de los estados que son nuevos bajo todos los aspectos, ya de los que no lo son mas que bajo el del príncipe, ó el del estado mismo, presento grandes ejemplos de la antigüedad. Los hombres caminan casi siempre por caminos trillados ya por otros, y no hacen casi mas que imitar á sus predecesores, en las acciones que se les ve hacer (1); pero como no pueden seguir en todo el camino abierto por los antiguos, ni se elevan á la perfeccion de los modelos que ellos se proponen; el hombre prudente debe elegir únicamente los caminos

(1) Podré por cierto á veces hacerte mentir. G.

trillados por algunos varones insignes, é imitar á los de ellos que sobrepujáron á los demas, á fin de que si no consigue igualarlos, tengan sus acciones á lo menos alguna semejanza con las suyas (1). Debe hacer como los ballesteros bien advertidos que, viendo su blanco muy distante para la fuerza de su arco, apuntan mucho mas alto que el objeto que tienen en mira, no para que su vigor y flechas alcancen á un punto de mira en esta altura, sino á fin de poder, asestando así, llegar en línea parabólica á su verdadero blanco (2).

Digo pues que en los principados que son nuevos en un todo, y cuyo príncipe por consiguiente es nuevo, hay mas ó menos dificultad en conservarlos, segun que el que los adquirió es mas ó menos valeroso. Como el suceso por el que un hombre se hace príncipe,

(1) Pase por esto. G.

(2) Haré ver que aparentado asestar mas abajo, se puede llegar allá fácilmente. G.

de particular que él era, supone algun valor ó dicha (1), parece que la una ó la otra de estas dos cosas allanan en parte muchas dificultades; sin embargo se vió que el que no habia sido auxiliado de la fortuna, se mantuvo por mas tiempo. Lo que proporciona tambien algunas facilidades, es que no teniendo un semejante príncipe otros estados, va á residir en aquel de que se ha hecho soberano.

Pero volviendo á los hombres que, con su propio valor, y no con la fortuna, llegáron á ser príncipes (2), digo que los mas dignos de imitarse, son Moises, Ciro, Rómulo, Teseo, y otros semejantes. Y en primer lugar, aunque no debamos discurrir sobre Moises, porque él no fué mas que un mero ejecutor de las cosas que Dios le habia ordenado hacer; diré sin embargo que merece ser admirado, aun-

(1) El valor es mas necesario que la dicha; él la hace nacer. G.

(2) Esto mira á mí. G.

que no fuera mas que por aquella gracia que le hacia digno de conversar con Dios (1). Pero considerando á Ciro y á los otros que adquiriéron ó fundáron reinos, los hallarémos dignos de admiracion (2). Y si se examinaran sus acciones é instituciones en particular, no parecieran ellas diferentes de las de Moises, aunque él habia tenido á Dios por señor. Examinando sus acciones y conducta, no se verá que ellos tuviesen cosa ninguna de la fortuna mas que una ocasion propicia, que les facilitó el medio de introducir en sus nuevos estados la forma que les convenia (3). Sin esta ocasion, el valor de su ánimo se hubiera extinguido, pero tambien, sin este valor, se hubiera presentado en balde la ocasion (4). Le era pues necesa-

(1) No aspiro á tanta altura; sin la cual me paso. G.

(2) Aumentaré esta lista. G.

(3) No me es necesario mas; ella vendrá; estemos dispuestos á cogerla. G.

(4) El valor ántes de todo. G.

rio á Moises el hallar al pueblo de Israel esclavo en Egipto y oprimido por los Egipcios, á fin de que este pueblo estuviera dispuesto á seguirle, para salir de esclavitud (1). Convenia que Rómulo, á su nacimiento, no quedara en Alba, y fuera expuesto, para que él se hiciera rey de Roma, y fundador de un estado de que formó la patria suya (2). Era menester que Ciro hallase á los Persas descontentos del imperio de los Medos, y á estos afeminados con una larga paz, para hacerse soberano suyo (3). Teseo no hubiera podido desplegar su valor, sino hubiera hallado dispersados á los Atenienses (4).

Estas ocasiones sin embargo constituyen la fortuna de semejantes heroes; pero su ex-

(1) Es la condicion y la situacíon actual de los Franceses. G.

(2) Mi benéfica loba estuvo en Briene. Rómulo, te eclipsarán. G.

(3) Quita allá! G.

(4) ¡ Pobre heroe! G.

celente sabiduría les dió á conocer el valor de estas ocasiones; y de ello proviniéron la ilustracion y prosperidad de sus estados (1).

Los que por medios semejantes llegan á ser príncipes, no adquieren su principado sin trabajo; pero le conservan fácilmente; y las dificultades que ellos experimentan al adquirirle, dimanan en parte de las nuevas leyes y modos que les es indispensable introducir para fundar su estado, y su seguridad (2). Debe notarse bien que no hay cosa mas difícil de manejar, ni cuyo acierto sea mas dudoso, ni se haga con mas peligro, que el obrar como gefe para introducir nuevos estatutos (3). Tiene el introductor por enemigos activísimos á cuantos sacáron provecho

(1) ¿Bastaria su punta de sabiduría hoy dia? G.

(2) Se logra esto con alguna astucia. R. C.

(3) ¿No sabe tener uno pues á sus órdenes algunos maniquíes legislativos? G.

de los antiguos estatutos (1), miéntras que los que pudieran sacar el suyo de los nuevos, no los defienden mas que con tibieza (2). Semejante tibieza proviene en parte de que ellos temen á sus adversarios que se aprovecháron de las antiguas leyes, y en parte de la poca confianza que los hombres tienen en la bondad de las cosas nuevas, hasta que se haya hecho una sólida experiencia de ellas (3). Resulta de esto que siempre que los que son enemigos suyos hallan una ocasion de rebelarse contra ellas, le hacen por espíritu de partido; no las defienden los otros entón-

(1) Sabré inutilizar su actividad. G.

(2) El buen hombre no sabia como uno se proporciona entónces acalorados defensores, que hacen amollar á los otros. R. C.

(3) Esto no sucede mas que á los pueblos algo sabios, y que conservaran todavía alguna libertad. R. C.

ces mas que tibiamente, de modo que peligra el príncipe con ellas (1).

Cuando uno quiere discurrir adecuadamente sobre este particular, tiene precision de examinar si estos innovadores tienen por sí mismos la necesaria consistencia, ó si dependen de los otros; es decir si, para dirigir su operacion, tienen necesidad de rogar, ó si pueden precisar. En el primer caso, no salen acertadamente nunca, ni conducen cosa ninguna á lo bueno (2); pero cuando no dependen sino de sí mismos, y que pueden forzar, dejan rara vez de conseguir su fin. Por esto todos los profetas armados tuviéron acierto (3), y se desgraciáron cuantos estaban desarmados (4).

(1) Estoy á cubierto contra todo ello. R. C.

(2) Bello descubrimiento! ¿Quien puede ser bastante cobarde para semejante demostracion de debilidad? G.

(3) Los oráculos son entónces infalibles. G.

(4) Cosa ninguna mas natural. G.

Ademas de las cosas que hemos dicho, conviene notar que el natural de los pueblos es variable. Se podrá hacerles creer fácilmente una cosa; pero habrá dificultad para hacerlos persistir en esta creencia (1). En consecuencia de lo cual es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible precisarlos á creer todavía (2). Moises, Ciro, Teseo, y Rómulo, no hubieran podido hacer observar por mucho tiempo sus constituciones, si hubieran estado desarmados (*a*),

(1) Me tienen ellos hoy dia, especialmente despues del testimonio del Papa, por un pio restaurador de la religion y un enviado del cielo. R. C.

(2) Tendré siempre medios para ello. R. C.

(*a*) Cualquiera que lea la Biblia con atencion, dice Maquiavelo en el cap. 30 del libro 3 de sus discursos sobre la Década, etc., verá que Moises, para impedir que se quebrantaran sus leyes, mandó dar muerte á infinitos Hebreos que, por zelos, se oponian á sus designios. Se lee en el cap. 32 del Exodo, el siguiente pasage: « He aquí lo

como le sucedió al fraile Gerónimo Savonarola, que se desgració en sus nuevas instituciones. Cuando la multitud comenzó á no creerle ya inspirado, no tenia él medio ninguno para mantener forzadamente en su creencia á los que la perdian, ni para precisar á creer á los que ya no creian (*a*).

Los príncipes de esta especie experimentan sin embargo sumas dificultades en su conducta; todos sus pasos van acompañados de peligros; y les es necesario el valor para superarlos (1). Pero cuando han triunfado de ellos,

(1) Esto no me embaraza. G.

que dice el Señor Dios de Israel: que cada hombre tome, á su lado la cuchilla; id y volved de una á otra puerta por medio de los campos, y que cada uno mate á su hermano amigo, deudo. Los hijos de Levi hiciéron lo que les mandaba Moises; y pereciéron cerca de veinte y tres mil hombres en aquel dia. »

(*a*) Habia persuadido al pueblo de Florencia que él tenia secretos coloquios con Dios. (Maq.,, lib. I, cap. 11.)

y que empiezan á ser respetados, como han subyugado entónces á los hombres que tenian envidia á su calidad de príncipe, se quedan poderosos, seguros, reverenciados, y dichosos (1).

A estos tan relevantes ejemplos, quiero añadirles otro de una clase inferior, que sin embargo no estará en disproporcion con ellos; y me bastará escoger, entre todos los otros, el de Hiéron el Siracusano (2). De particular que él era, llego á ser príncipe de Siracusa, sin tener cosa ninguna de la fortuna mas que una favorable ocasion. Hallándose oprimidos los Siracusanos, le nombráron por caudillo suyo; en cuyo cargo mereció ser elegido des-

(1) Ete último punto no está bien claro todavía para mí, y debo contentarme con los otros tres. R. I.

(2) No ha salido él nunca de mi pensamiento, desde los estudios de mi niñez. Era de un pais inmediato al mio; y soy quizas de la misma familia. G.

pues para príncipe suyo (1). Habia sido tan virtuoso en su condicion privada que, en sentir de los historiadores, no le faltaba entónces para reinar mas que poseer un reino (2). Luego que hubo empuñado el cetro, licenció las antiguas tropas, formó otras nuevas, dejó á un lado á sus antiguos amigos, haciéndose otros nuevos; y como tuvo entónces amigos y soldados que eran realmente suyos, pudo establecer, sobre tales fundamentos, cuanto quiso; de modo que conservó sin trabajo lo que no habia adquirido mas que con largos y penosos afanes (3).

(1) Con alguna ayuda, sin duda. Eteme aquí como él. R. C.

(2) Mi madre dijo á menudo lo mismo de mí; y la amo á causa de sus pronósticos. R. I.

(3) Es de un buen agüero. R. I.

CAPITULO VII.

De los principados nuevos que se adquieren con las fuerzas agenas y la fortuna.

Los que de particulares que ellos eran, fuéron elevados al principado por la sola fortuna, llegan á él sin mucho trabajo (1); pero tienen uno sumo para la conservacion suya (2). No hallan dificultades en el camino para llegar á él, porque son elevados como en alas; pero cuando le han conseguido, se les presentan entónces todas las especies de obstáculos (3).

Estos príncipes no pudiéron adquirir su

(1) Como tontos que dejan llevarse, y no saben hacer nada por sí mismos. G.

(2) Es imposible. E.

(3) Todo debe ser obstáculos para unas gentes de esta clase. E.